

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 24 JULIO 1897. NÚM. 80

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 20.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

EL EJÉRCITO Y EL CARLISMO

Los carlistas hacen correr la voz de que cuentan con gran parte del ejército. Mienten en esa como en otras cosas; en esa más que en ninguna.

Podrá haber, hay seguramente en el ejército jefes y oficiales carlistas, tal vez algún general; éstos podrán, al estallar la guerra, irse con D. Carlos, pero ¿arrastrar al ejército? No.

El ejército, como dijo Tiers, es de quien lo crea, lo mantiene y lo recompensa; y como el de España lo creó la libertad para combatir al carlismo en la primera guerra, y lo ha mantenido la nación mandada por liberales, y lo han recompensado todos los gobiernos, incluso el de la República, que aumentó en 25 pesetas el sueldo de los subalternos, el ejército no puede ser carlista.

Pruebas mil ha dado de ello; la más grande fué cuando los monárquicos disolvieron el cuerpo de artillería, que los republicanos reorganizaron después. Era un cuerpo privilegiado, pasaba por reaccionario, se vieron desposeídos de sus empleos los jefes y oficiales; y á pesar de esto ¿cuántos se marcharon con don Carlos? Muy pocos. Prefirieron quedarse sin carrera á unirse con los asesinos de sus hermanos de armas.

No, el ejército no es, no puede ser carlista; se lo impide su tradición, el mar de sangre que tendría que vadear para unirse á los asesinos de sus compañeros, la ilustración que hoy tiene; y cuando eso no fuera, se lo prohibiría el instinto de conservación.

Los carlistas tienen generales, jefes y oficiales, unos creados en la última guerra y otros nombrados después; han ido ascendiendo en la paz y se presentarán en campaña ostentando sus empleos. Con pocas excepciones, los individuos de ese Estado Mayor son gentes sin instrucción, ni idea de lo que es el honor militar; hicieron del guerrear un oficio lucrativo y, por lo tanto, robaron y saquearon siempre que pudieron; no pelearon con nobleza, cazaron con astucia ó asesinaron con crueldad; el incendio les facilitó en ocasiones el triunfo que á su valor le estaba vedado. ¿Y con gentes así iba á confundirse el ejército español? Con pensarlo se le ofende.

Pero vamos á suponer lo absurdo, á hacer probable lo imposible; que el ejército se fuese con el carlismo, y que éste, ayudado por él, venciese. ¡Pobre ejército al día siguiente del triunfo! Se vería sustituido por la patulea carlista, que presentaría como mérito para ser preferida su antigüedad en la defensa de la causa, su consecuencia, sus sacrificios, y hasta los hechos realizados en contra del mismo ejército, y hasta los infames fusilamientos y

asesinatos de Ripoll, Berga, Cirauqui, Olot, Endarlaza y cien puntos más.

Ellos serían los preferidos, los halagados, los que inspirasen confianza; y si no de una vez, poco á poco, la brillante oficialidad española se vería desposeída; y menos mal si, como ocurrió á raíz del 23, no se empleaba el puñal y el revolver para acabar con sus individuos en detall.

Y aunque esto no fuera; ¿qué individuo del ejército llevaría con orgullo una condecoración que ostentase un émulo de Santa Cruz, un grado que obtuviese un imitador de Sallustio? ¿Qué oficial se resignaría á tener por jefe á un asesino ni por compañero á un ladrón? ¿Dónde irían á parar entonces las altas ideas que hoy tiene el ejército sobre el honor y el deber? ¿Cómo podría repetir, con el orgullo que lo hace ahora, aquello de que

la milicia sólo es una religión de hombres honrados?

No; los carlistas, si lo imposible pudiera realizarse alguna vez, única manera de que obtuvieran el triunfo, no necesitarían echar á los jefes y oficiales del Ejército; éstos se irían solos por dignidad personal, por honor colectivo.

Nunca han sabido los carlistas disimular el odio que tienen al Ejército. En la última guerra, como en la primera, los jefes y oficiales que se pasaron á sus filas fueron siempre mirados con prevención, cuando no perseguidos, cuando no deshonorados. Se utilizaban sus servicios, porque eran los únicos que valían, pero se les odiaba en el fondo: cualquier cabecilla feroz y sanguinario alcanzaba más predicamento arriba y abajo: sirva de ejemplo Zumalacárregui en la primera guerra; Dorregaray en la segunda. Cabrera, D. Basilio, cualquier otro malvado significaba más que el primero para Carlos V; Santa Cruz, Saballs, Rosa Samaniego, eran más apreciados que el segundo por Carlos VII.

Y esto es lógico. En un partido que tiene por bandera el robo, el incendio y el asesinato, son mejores los que más asesinen, más incendien, más roben... Por esta razón nunca podrán imponerse en el carlismo los jefes y oficiales del Ejército que, ni aun en los momentos en que se baten como fieras, se olvidan de que son hombres, y honrados, y caballeros.

JOSÉ NAKENS.

¡AUN QUEDA ALGO!

La publicación de los *Crímenes del Carlismo* me ha enseñado una cosa; que hacemos muy mal en entregarnos á pesimismo desoladores.

Divididos, maltrechos, llenos de envidias y rencores, decaídos los ánimos, desesperanzados, indiferentes, hay algo no obstante que aviva las energías, que hace olvidar lo que nos separa, que nos recuerda lo que fuimos, y ese algo es, ¡el odio al carlismo!

Hoy recibo una carta de Lerma con 25 pesetas para que envíe folletos que se repartirán gratis; mañana otra de Salamanca con 10 para lo mismo; se reúnen varios obreros en San Feliu de Guisols y me envían cuatro pesetas para que les mande folletos, disculpándose por no poder llevar más; los sábados vienen varios jornaleros á esta redacción á llevarse uno ó dos folletos, los que pueden.

Ya me escribe uno de nuestros más eminentes periodistas felicitándome por la publicación; ya un jefe del ejército me anima á proseguir en mi tarea; hijos y nietos de héroes de la libertad sacrificados por las hordas carlistas me refieren indignados y noblemente rencorosos lo que hicieron con los suyos: hasta

un pobre anciano, que perdió dos hijos en la pasada guerra, me dice que vendría á abrazarme desde Reus, si sus años no se lo impidieran.

Esto me hace estar cada día más satisfecho de mi obra, y exclamar á menudo:

«No se ha perdido todo, no; aún queda algo; hay un lazo de unión, un punto donde apoyar la palanca de la libertad para lanzar al abismo el pasado, y ese punto es el odio al carlista.»

Alimentemos ese odio recordando los crímenes que ha cometido; así nos haremos más dignos cada día de descansar á la sombra del árbol de la libertad que nuestros padres regaron tantas veces con su sangre y nuestras madres con sus lágrimas.

¡MENDIZÁBAL Y Á ELLOS!

El País cierra contra el carlismo.

Después de copiar lo que dice *El Correo Español* de que el carlismo «sería un gobierno serio y digno, perseguidor de ladrones y tunantes, enemigo de farsas y de comedias, amante del orden, de la moralidad y de las tradiciones», dice el colega republicano:

«Son cosas viejas, que los folletos titulados *Crímenes del carlismo* refrescan y ponen actualmente á la vista de todos; son cosas viejas, pero que deben, en efecto, de refrescarse y divulgarse nuevamente, ya que los carlistas, usando ese lenguaje hipócrita de *El Correo Español*, quieren que se olvide lo pasado y que se considere el carlismo como algo regenerador y generoso que debe llenar de esperanzas é ilusiones á la Patria.»

Copia aquí el documento que publicamos en el número anterior y que demuestra que el carlismo tenía ya funcionando la Inquisición en la última guerra, y dice:

«¿Qué razón tiene *El Motín*—como cantan en *El Monaguillo*.—¿Qué razón tienen esos sinceros liberales—ante las cuales muchos filósofos políticos se rien—cuando gritan que contra los carlistas no hay más medio de guerra que el del ojeo y el de la cacería que se emplea en el monte con los jabalíes!

¡Y que el carlismo aprieta! Artero, calmoso, solapado, trabajando en silencio, colaborando en la sombra, comprando hoy un fusil y mañana haciendo causal para comprar las armas hasta del cepillo de las ánimas y hasta del desbalijo de una iglesia, el carlismo trabaja, claro que trabaja, esperando un día propicio para echarse al campo y traernos, según *El Correo Español*, «un gobierno serio y digno, perseguidor de ladrones y tunantes», pero según la historia, para traernos un gobierno de tunantes y ladrones, de farsantes que nos desprestigien, de clérigos fanáticos que nos atrasen, de inquisidores en lo religioso y de reacciones en lo político y de privilegios en lo material, que nos dejen, no en el atraso lamentable en que estamos, sino en retroceso vergonzoso hacia épocas para siempre muertas.

Si; puede que se echen al campo los carlistas; pero eso, que será una calamidad más para la patria, quizás sea al principio de la regeneración, porque en el caso de un levantamiento del carlismo, contra el carlismo se levantarían hasta las piedras; y de nada como de esta común unión y de este miedo de todos á perder las libertades miserables y adulteradas que tenemos, saldría de fijo el régimen nuevo, la libertad sin trabas, por la que tantos españoles trabajamos y luchamos.»

Opino lo mismo que el querido colega, ya que, por culpa de los liberales, han vuelto los carlistas á levantar cabeza. Que se echen cuanto antes al campo; así acabaremos más pronto y para siempre con ellos.

Porque creer que pueden triunfar, ni ellos mismos lo creen.

Si el 73, sin ejército apenas, é indisciplinado gran parte del que había; el cuerpo de ar-

tillería disuelto; teniendo que atender á la guerra de Cuba y á la cantonal; con las pasiones soliviantadas; sin gobiernos fuertes y estables; sin hombres á la altura de las circunstancias; con ministros que dejaban el poder por no aplicar la ordenanza y en tiempo de guerra; con unas Cortes que se entretenían en discutir asuntos sin importancia en vez de haberse dedicado exclusivamente á volcar toda España sobre el Norte y parte de Cataluña; sin dinero, sin crédito, sin nada en fin, supimos tenerlos á raya é impedimos que pasaran el Ebro ¿qué habían de triunfar ahora?

En cambio ellos, contaron entonces con la mayor suma de elementos que pueden contar nunca; con un clero á quien los obispos impulsaban y el Papa no detenía; con el apoyo indirecto de las clases conservadoras que preparaban la venida de D. Alfonso; con los cuantiosos recursos que les enviaban los frailes de Filipinas; con la frontera francesa abierta; con lo que les producían los robos continuos que impunemente hacían en los pueblos, abandonados por no haber ejército; con el cansancio de un país trabajado por cinco años de convulsiones revolucionarias; y á pesar de contar con todo eso, nos dieron tiempo para restablecer la disciplina, reorganizar el ejército, y hacerlos al fin repasar la frontera.

La única ventaja que tienen hoy sobre entonces, es que España está llena de convento, cuyos moradores les ayudarán cuanto puedan; pero esta ventaja es más aparente que real, porque los frailes, una vez iniciada la guerra, serán barridos espontáneamente por el pueblo.

Tardan ya, pues, en echarse al campo las cuadrillas de bandoleros carlistas.

RESPUESTA Á LA CONSULTA

Sr. D. José Nakens.

Mi querido amigo: Fusionista convencido, ayudé á iniciar con varios amigos la idea de fusión en Madrid, contribuí á su organización y desarrollo y tuve una parte muy directa en la preparación de la Asamblea que la organizó, así es que no podrá ser tachado de sospecha quien puso todo su esfuerzo en la construcción del edificio.

Estoy, pues, dentro de la fusión dispuesto á sostenerla, pero apercibido y dispuesto con mis amigos á luchar contra los que suman la representación del pueblo, sino responden á lo que los republicanos tenemos derecho á esperar, ya que nuestra prudencia rayó en miedo en la última Asamblea, porque se trataba de algo trascendental para los intereses de la patria y el porvenir del gran partido republicano.

Por lo mismo que en la Asamblea predominó un espíritu de corrección esquisita que soportó las confidencias íntimas, que consintió las votaciones hechas por comisiones nominadoras elegidas por los llamados primates, que no levantó la más ligera protesta contra personas, por lo mismo que autorizó la constitución de la Junta Central y del Directorio de la manera que todos conocemos, por lo mismo los actuales directores tienen mayor responsabilidad ante el pueblo republicano, que lo que quería, ante todo y sobre todo, era fundirse en un solo pensamiento, representado por un organismo que no procurase otra cosa que la instauración de la república. Si ese Directorio no responde á tanta confianza ni á tan elevados móviles, su responsabilidad será tremenda, y aquellos que ante la suprema necesidad de la fusión lo toleraron todo, sabrán hacer efectivas las responsabilidades unidos como entonces en un solo pensamiento.

Y espuestas estas ideas, por lo que á la fusión se refiere, voy á contestar á su artículo. Consulta en términos breves y concisos.

Lo primero es, que nosotros nos adelantemos á traer la república; y si no podemos hacerlo por falta de medios, ó de condiciones en nuestros directores, ó porque éstos no inspiren la suficiente confianza, entonces, *tráigala quien la traiga*, debemos apoyarla y no permanecer apartados, que lo menos que podemos hacer con una mala república es la que han hecho muchos republicanos con una monarquía que tantos males ha acarreado al país.

No debemos dejar la república en manos de quienes pudieran mistificarla, sino meternos dentro para darle tono y carácter y procurar que avance en el

camino de las reformas políticas, y aun más las económicas, que tanto afectan á las clases trabajadoras, cuyas aspiraciones debemos satisfacer en cuanto sean justas, evitando así que sigan apartadas de los partidos republicanos y entregadas á un socialismo utópico, ó, lo que es más grave, se vean arrastradas hasta el anarquismo; armonizando sus intereses legítimos con el capital, evitaremos su desesperación haciéndoles justicia.

Prefero la república de Castelar, hasta con sus aliados, á una monarquía.

Si la fusión republicana no cumple con su deber y su dirección se ocupa en discutir si el que no tiene dos pesetas no puede ser socio de un casino, dando cierto aspecto á una sociedad enteramente popular y democrática, en vez de procurar el triunfo de la República con el concurso de todos, sobre todo con el de aquellos que votan si es preciso y derraman su sangre si la patria lo reclama, entonces sería preciso pensar si los que tal sostienen pueden estar á nuestro lado, y menos dirigirnos.

En síntesis:

1.º La fusión debe adelantarse á la tremenda crisis que se avecina.

2.º Los republicanos, si no podemos traer la república, y nos encontramos con ella, debemos apoyar á quien la traiga.

3.º Nuestro apoyo debe ser decidido y resuelto y encaminado á obtener el mayor número de reformas políticas y de carácter económico que los actuales momentos aconsejan.

4.º Los que con su palabra y con su voto ayudaron á ciertas leyes monárquicas, lo menos que pueden hacer es ofrecer su concurso á la república; y digo más aún; creo que hasta nompartiéndolas responsabilidades del Gobierno.

5.º Para salvar al país de la vergüenza y de la ruina, para mejorar la Hacienda, para dar garantías al pueblo, es preciso que, si se cuenta con el concurso de algunos de nuestros hombres, lo presten decidida y personalmente.

Tal es mi opinión; y abrigando las mismas dudas que usted por lo que se ve, se oye y aun por lo que se presiente, estimo indispensable que estemos con el oído atento para que no nos sorprendan los sucesos.

La misma conducta de Castelar autoriza á hacerlo, la actitud de Canalejas y la de otros importantes personajes de los partidos monárquicos dan pábulo á la creencia de que algo se fragua ó algo se prepara, y sentimos no poder decir más, porque nuestra misma situación dentro de la fusión republicana y otras consideraciones de un orden elevado, nos lo vedan en los actuales momentos.

Y con esto y un abrazo se despide su invariable amigo

A. ALBERT.

Madrid, 18 de Julio de 1897.

Sr. D. José Nakens.

Nuestro estimado correligionario: Ya que uno de los que esta suscriben, en nombre de la Juventud republicana fué el primero en adherirse á la idea por usted expuesta de la fusión, hermosa idea prostituida y falseada por los funestos prestigios que monopolizan la política republicana, no queremos en la ocasión presente, tratándose de problema tan importante como el que usted plantea en el último número de su popular periódico, ser los últimos en emitir nuestro humilde pero claro y expreso parecer, cual cumple á los que se trazaron una línea recta y la siguen á todo evento sin más contemplaciones ni miramientos que los de contribuir al engrandecimiento de los altos fines de la democracia y de la República.

Creemos nosotros que, si para vergüenza de todos los que nos llamamos republicanos se adelantasen los monárquicos, como usted supone, á proclamar la república, sería cometer un crimen de lesa republicanismo el atentar contra la nueva forma de gobierno, sobre todo habiendo permanecido cruzados de brazos y muchos poniendo toda clase de obstáculos cuando de derrocar la monarquía se ha tratado. Y creemos más nosotros, que no perseguimos la implantación de la república por interés de parcialidad ni por mero capricho político, sino que aspiramos á la constitución de un régimen de justicia y de derecho en el que todas las ideas puedan con amplia libertad discutirse y todos los problemas tengan ancho campo para su implantación y desarrollo, hasta llegar á la consecución del gran ideal democrático ó sea el indiscutible derecho que todo ser humano tiene á la vida, derecho que ninguno de los actuales partidos se acuerda de garantizar; nosotros, que aspiramos á que el sufragio electoral sea el más garantido de todos los derechos y que protestaremos en todo

momento y lugar de la detentación de la soberanía del pueblo, deténtela quien la detente, llámese rey ó fusión republicana, respetaremos y acataremos como buenos demócratas la república que garantice la participación de todos los ciudadanos con iguales derechos á la confección de las leyes, aunque la implantación de tal régimen se deba al más monárquico de todos los monárquicos, pues preferiríamos siempre á Cánovas del Castillo respetando la voluntad popular, á los mangoneadores de la fusión republicana despreciándola y secuestrándola como vienen practicando hasta la fecha.

Esta es nuestra opinión, Sr. Nakens; seamos exclusivamente revolucionarios para traer la república, pues sabido es que esta no ha de venir concurrendo á votar sin otro objeto que el de contribuir con nuestra intervención á legitimar el falseado y corrompido sufragio con que la monarquía trata de engañarnos y á la elevación de cuatro busca-vidas de la política; pero si por culpa de los platónicos ó de los interesados en que dure y perdure la monarquía se adelantase Castelar acompañado de los monárquicos á traerla... ¡viva la República!, que en punto á derechos allá se van los que unos y otros nos ofrecen y el pueblo no ha de confiar en otros que los que él con su directa intervención en los asuntos públicos se proporcione.

Suponiendo que con lo expuesto queda contestada categóricamente su hábil é intencionada pregunta y felicitándole por su campaña contra el carlismo, campaña en la que debiera interesarse todo el que de liberal se precie, sabe usted estamos siempre á su disposición como sus más allegados correligionarios y admiradores.

Madrid 20 de Julio de 1897.

De la Juventud Republicana.—*Leovigildo Abans. —Juan Dueñas. —Julio Díaz. —José María Soriano. —Fermín Munnera. —Angel Abans Matilla. —Serafin Ibáñez. —Enrique Cueto. —Fernando Crespo. —Saturnino Ledrado. —Juan Pedro de la Flor y Caballero. —Valentin Merino. —Amable Abans. —Siguen las firmas.*

CARLISTAS DISFRAZADOS

El ayuntamiento de Cuenca ha dirigido á sus administrados una alocución, para que vayan á *rogar á Dios* por las víctimas de las hordas carlistas en Julio del 74, encargándoles «que todos unidos en un mismo sentimiento cristiano, confundidos en apretado haz é impulsados por el mismo espíritu, no de rencores que envilecen, sino de perdón para los culpables...»

A estas alturas, y cuando está próxima la tercera guerra, esa alocución únicamente sirve para dar atrevimientos al carlismo. Los que la firman no son liberales, aunque por tal se tengan.

Así lo ha comprendido *El Progreso Conquense* al decir bajo el título de *Otro aniversario*:

«Recordad lo sucedido en Cuenca cuando los sicarios del absolutismo (nombrados ayer carlistas, hoy tradicionalistas, dos nombres distintos sin mezcla de bien alguno) tomaron nuestra ciudad.

Si no surge con el recuerdo la execración para los autores de tanta villanía, ni tenéis dignidad ni vergüenza.

Si os condoléis de los que, impíos, sacrílegos, infames, juraban y perjuran, sazando con frases indecentes, adobadas con algún ¡viva la religión! sus proezas, sois tan despreciables como ellos.

Si olvidáis que el carlismo, gangrena nacional, ni se arrepiente ni se enmienda, é imploráis perdón para los verdugos de vuestros padres, esposos, hijos y hermanos, sois merecedores de otra invasión carlista.

Si no os aprestáis al exterminio de los que ayer os fustigaron sin piedad, y mañana, si pueden, os martirizarán con saña, renunciad á vuestro título de liberales; renegad de vuestra historia y formad, en confusión nefanda, con vuestros crueles exterminadores.

La representación municipal no va siendo, hace años, la del pueblo liberal conquense que anatematiza los hechos de barbarie que aquí cometieron los carlistas. Mezcla extraña de elementos nada acordes, deja siempre por llenar algún puesto en la lista de firmantes del Mani-

fiesto á los conquenses. Que nunca falta un roto ppra un descosido.

Las preces de la Iglesia no puede ser escuchadas con fervor por quienes saben que en el mismo clero catedral están los directores de orquestas de la lucha «que se prepara».

Por estas causas, hoy, como en otras ocasiones, disentimos de la manifestación oficial de duelo, y, asociados de pocos ó muchos liberales de corazón y de los que aun *huelen á pólvora* y llevan en su alma impreso el recuerdo de sus padres, hermanos ó sus hijos asesinados, iremos al Mausoleo del 15 de Julio á depositar una corona, como débil ofrenda á los mártires de la libertad, á los valientes defensores de Cuenca.

El carlismo es en España una vergüenza. En Cuenca un crimen.»

Bien dicho, apreciable colega. El habitante de Cuenca, alcalde, concejal ó simplemente vecino, que hable de perdón cuando los carlistas se aprestan á renovar los horrores del 74, ese lleva ya *tres cuartos de boina*, por lo menos, en la cabeza, si es que no la lleva toda entera sobre el corazón.

Duro en esos más que en los que la ostentan descaradamente; y si la guerra se extiende, y los carlistas llegan otra vez á los muros de Cuenca, póngase en primera fila á todos esos de alma cándida (?) que solicitan el perdón para los canallas que asesinaron á los hombres, violaron á las mujeres, incendiaron y robaron.

Para que aprendan á su costa que á las fieras hay que exterminarlas, no perdonarlas.

EL ENEMIGO

Con ser muy grande, no es el enemigo más temible de España el que en la manigua reclama su independencia con las armas en la mano y apoyado moral y materialmente por los Estados Unidos; el enemigo lo tenemos en nuestra propia casa, es la culebra que cobra vida al calor de la protección de estos gobiernos, y que en día no lejano ha de sumir al país en los horrores de una nueva guerra civil.

El carlista es al enemigo á que nos referimos.

Diez años atrás ninguno de los que hoy alardean de ser partidarios del Pretendiente estúpido hubiérase atrevido en público á proclamar su filiación política, sin que la execración y el horror de los que le ofan hubiera atajado sus palabras.

Ríos de sangre, montañas de odio separan á los liberales todos, desde el conservador de la derecha hasta el socialista de la izquierda, de los que se dicen defensores del altar y del trono.

La historia de dos cruentas guerras civiles, el martirio de no pocos infelices y los actos de bandolerismo salvaje cometidos por los que bajo una bandera política mancharon con sus crímenes su causa, hacen imposible toda reconciliación.

Vuelven, merced á la protección insana de gobiernos insensatos, á asomar su feroz cara los carlistas y á emplazarnos para muy en breve con nueva guerra; pero sepan que todos, absolutamente todos los demócratas españoles les saldrán al frente y procurarán cazarlos como lobos hambrientos á quienes hay que exterminar para lograr la tranquilidad pública.

Guerra y á muerte á los que constituyen el perpetuo peligro en tanto vivan.

(El Pueblo, Valencia).

EL ÚLTIMO ADIOS

Al fin pude verla asomada á la ventanilla y dirigiendo sus ojos en mi busca, mientras la máquina avanzaba con lentitud majestuosa por el andén, arrastrando los vagones, que sacudían con intermitente chirrido sus músculos de hierro.

«Voy al convento de X...; pasaré por ahí; sal á esperarme y nos daremos el último adiós.»

Esta carta, la primera noticia que recibía después de cuatro años de la compañera de mi infancia, de la que compartió conmigo los jue-

gos tumultuosos de la niñez, me hizo acudir á la estación más entristecido que alegre; y mi tristeza subió de punto cuando, al estrechar entre mis manos las suyas, contemplé su rostro hermoso, pero impasible y frío como los de esas estatuas del Renacimiento que retratan á un tiempo la belleza y la muerte.

Era ella; pero ¡qué diferencia tan grande existía entre aquel rostro alegre, lleno de vida y de expresión, que yo miraba como una aurora en los comienzos de mi juventud, y el rostro que se me ofrecía entonces, arrebujaado en una toquilla obscura! Los ojos grandes y negros, donde brillaban antes todas las pasiones y todos los deseos, miraban con triste y monótona indiferencia; sus labios, abiertos siempre por una sonrisa juguetona y fresca, ostentaban un pliegue sombrío; las curvas de su garganta y de sus mejillas tendían á convertirse en líneas angulosas. Era otra mujer; más que ella misma, resultaba un recuerdo borroso de su propia imagen.

—¿Qué es esto?—la dije.

—Que abandono la aldea y voy á meterme en un convento.

—¿En un convento?

—Sí. Ya sabes que estamos muy pobres; la vida es muy difícil; el trabajo falta muy á menudo, y, además—añadió con acento igual y monótono como el que repite una lección aprendida de memoria—el mundo sólo ofrece miserias, malos ejemplos; la vida es una senda de abrojos; un camino breve á cuyo término se encuentra el cielo, única esperanza y exclusivo fin de todos los seres. Pues bien: yo quiero ganar ese cielo, y me voy al convento á ponerme el sayal humilde de la religiosa, á rezar por los pecadores, á pedir á Dios de rodillas la salvación de mi alma y la salvación de los míos; á ser santa, á ser buena...

—¿Pero es posible!—exclamé yo con amargura.—¿Y tu madre? ¿Y esa pobre anciana? ¿Qué va á ser de ella sin ti?

—¿Mi madre!... Mejor auxilio puedo prestarle con mis oraciones que con mi trabajo. ¿Qué importa que las necesidades la aflijan en la tierra, si Dios le abrirá sus brazos, por mi intervención, después de su muerte?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha aconsejado eso?—exclamé yo con asombro.

—El señor cura, que es un santo varón y me quiere mucho, y sólo piensa en ganar almas para la gloria.

—Mira, hermana,—la dije:—tú tienes la obligación de crearme; fuí tu compañero en la niñez, tu amigo en la juventud, tu apoyo en los trances difíciles de la vida. Pues bien; yo te aseguro que el acto á que te inducen, es una infamia; que dejar sola á tu madre cuando la vejez se cierne sobre ella, es una traición; que abandonar el mundo por temor á la lucha, representa una insigne cobardía. Tu deber consiste en pelear cuerpo á cuerpo con la miseria, con los sufrimientos; en atender con el fruto de tu trabajo, sea cual fuere, los últimos días de esa anciana que te ha dado la sangre de sus venas y los tesoros más recónditos de su espíritu; en amar y en ser amada; no confundirte en un claustro para vivir la existencia de los hipócritas y de los egoístas. No sigas tu camino, añadí; baja de ese coche; vuelve á la aldea; sé pobre, pero sé mujer; sé desdichada, pero no seas cobarde é inútil.

—¿Imposible!—exclamó ella, á tiempo que el primer silbido de la máquina anunciaba el momento en que debía arrancar el tren.—¿Imposible! El cura es un santo y me aconseja eso; él sabe más que tú.

—Es verdad,—repuse;—ha sabido extinguir en tu alma todos los arranques generosos.

—¿Adiós!—murmuró ella con voz tranquila, á tiempo que la máquina, atrayendo hacia sí los vagones con un movimiento brutal, arrojaba bocanadas de humo negruzco por la metálica chimenea.—¿Adiós!...

Y me alargó la mano en ademán de despedida.

Yo no contesté á su saludo; dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo y miré con angustia aquella masa móvil que se perdía entre las brumas del crepúsculo, y se me antojó que miraba, no un tren de viajeros, sino uno de esos trenes mortuorios que conducen el cuerpo inanimado del sér querido, y lo arrastran con rapidez vertiginosa para depositarlo lejos, muy lejos de uno, en el hueco impenetrable de la tumba.

¡Lástima que no la acompañara el cura del pueblo para rezar el último responso sobre aquel cadáver!

No pudo ir. El buen señor sigue en la aldea engordando y educando almas para el cielo.

¡Dios se lo tome en cuenta!

J. DICENTA.

AUTOS DE FE

II

El primer auto de fe en América, tuvo lugar en Méjico en 1574, siendo ejecutadas 87 sentencias, entre ellas las de *dos frailes que simpatizaban* con la doctrina de Lutero.

Quemados en persona (frailes), 2; descoyuntados, mutilados y marcados (indígenas), 85.

Este fué nuestro modo de colonizar, y así nos ha dado el resultado. Si fácil fué la anexión de tan dilatados, ricos y vírgenes países, fácil fué también su emancipación. La Providencia nos volvió la espalda, enojada, sin duda, por nuestra política inquisitorial.

El domingo de la Santísima Trinidad de 1559, reinando Felipe II, fué celebrado en Valladolid un auto de fe solemne, que tuvo lugar en la plaza pública. Presidieron el acto, acompañados de todos los señores y señoras de la nobleza, autoridades y clero, los jóvenes príncipes D. Carlos y D. Juan, por encontrarse en Flandes el rey D. Felipe. La asistencia del pueblo fué forzosa, siendo ejecutados 22 hombres, 5 mujeres y cuatro niños.

Quemados vivos, 14

En estatua, con los huesos de una señora, extraídos del cementerio, 1.

Descoyuntados, mutilados y marcados, 16.

Predicó el fraile Melchor Cano, y el cardinal Baco, inquisidor general, tomó á los príncipes, puestos de rodillas, juramento de proteger al Santo Tribunal y darle cuenta de cuanto supiesen haberse hecho ó dicho contrario á la fe, aunque los *delincuentes* fuesen sus hijos, padres ó hermanos.

En Agosto del mismo año, se celebró también en Valladolid otro auto de fe presidido por Felipe II, acompañado de toda la real familia, nobleza, embajadores, obispos, clero y cuanto público pudo colocarse en la plaza.

Los ejecutados fueron 35; 21 varones, 9 hembras y 5 niños.

Quemados vivos, 15; ídem en estatua, con los huesos de una señora y un niño de pecho, hijo de la misma, extraídos del cementerio, 2, descoyuntados, mutilados y marcados, 19.

Terminado el acto, el rey, puesto de rodillas, besó la mano al inquisidor general y juró guardar y hacer guardar la fe, y delatar al Santo Tribunal á los tibios ó dudosos, aunque éstos fuesen sus propios hijos.

En Septiembre del repetido año 1559, se celebró un auto solemne en Sevilla, en la plaza de San Francisco, siendo ejecutados 101 acusados, hombres, mujeres y niños.

Quemados vivos, 20; en estatua, por fallecido, 1; descoyuntados, mutilados y marcados, 80.

En 1560 tuvo lugar otro auto en Sevilla, en el que fueron ejecutadas 55 sentencias.

Quemados vivos, 14; en estatua, 3; penitenciados y marcados, 34.

Desde 1557 á 1568 (en 11 años), se celebra-

ron en Murcia 10 autos de fe, en los que fueron ejecutadas 674 sentencias.

- 1.º Quemados vivos, 11; descoyuntados, 43.
- 2.º Quemados vivos, 30; en estatua, por ausencia, 5; descoyuntados, 43.
- 3.º Quemados en persona, 14; en estatua, 22; penitenciados, 29.
- 4.º Quemados vivos, 16; en estatua, 8; descoyuntados y mutilados, 48.
- 5.º Relajados en persona, 23; penitenciados, 74.
- 6.º Quemados vivos, 18; en estatua, 4; descoyuntados, 47.
- 7.º Quemados vivos, 1; en estatua, 11; penitenciados, 48.
- 8.º Relajados en persona, 4; en efígie por ausencia, 2; penitenciados, 46.
- 9.º Quemados, 6; penitenciados, 48.
10. Relajados en persona, 25; penitenciados, 35.

En Toledo se celebraron 5 autos, desde 1561 á 1571. En el 1.º se ignoran las víctimas, pero se supone lo fueron en muy crecido número, porque fué celebrado con inusitada pompa, para lo cual se trasladó Felipe II desde Valladolid á Toledo con toda la real familia y demás acompañamiento de embajadores y nobleza.

En los otros cuatro autos, presididos también por la Corte en pleno, fueron ejecutadas 104 sentencias:

- 1.º (Se ignora el número.)
- 2.º Quemados, 4; descoyuntados, mutilados y marcados, 19.
- 3.º Quemados, 11; penitenciados, 34; quemados vivos, 2; en estatua, 3; descoyuntados y mutilados, 31.

MERCURIO.

Madrid.

COSILLAS

Felipe Pérez, el revistero cómico de *El Liberal* (no quiero comenzar á ponerle adjetivos encomiásticos, porque ocuparía mucho espacio del periódico), dijo en el número del miércoles:

«Para avivar la memoria de este pueblo olvidadizo, ahora que andan los carlistas insolentes y agresivos, amenazando con nuevas desventuras y conflictos, publicanse unos folletos con este expresivo título, que está muy justificado: *Los crímenes del carlismo*.

El recuerdo de esos hechos es, sin duda, oportunísimo, y su lectura conviene aun á los carlistas mismos, porque al leer tan tremendos y horribles hechos, opino que aun ellos han de espantarse al querer reproducirlos.»

Estimando, querido amigo.

Una persona de gran posición social y política, que hace años figura como diputado liberal, escribe al *Heraldo* después de un viaje hecho á Navarra, que «jamás fueron tan dueños los carlistas de comarcas enteras como lo son hoy.» Y añade:

«Si encuentran cauce por donde romper marcha, asombrará la facilidad con que las aguas del carlismo inundarán buena parte de la nación.

De estudiar esto, de poner coto á trabajos tan activos, de asegurar la paz en el interior, nadie se cuida.»

Estando el pueblo alerta, hay mucho adelantado. El ya sabe dónde se fragua siempre la guerra civil y cómo debe proceder con los que la preparan, alientan y sostienen.

Párrafos de una carta fechada en San Sebastián:

«Los carlistas están muy animados; en los pueblos y caseríos de la provincia hay frecuentes reuniones, y se da como seguro que pronto ocurrirán sucesos an-

siados por los tenaces defensores del tradicionalismo.

Dícese que en la frontera hay depósitos de armas, y hasta se asegura que se están construyendo en Bélgica ó en Alemania 5.000 fusiles Llorens.»

Seguid dándole dinero á curas y frailes ¡oh madres que tenéis hijos!, que ellos, con ese dinero, comprarán los fusiles que han de disparar la bala que les atraviese el corazón.

Estoy conforme con cuanto me dice en las cuartillas que me ha enviado un señor que firma: *Uno del montón*; mas no las publico hasta que me diga quién es y me autorice á estampar su nombre al pie del escrito.

Lo contrario daría lugar á que alguien pensara que había yo inventado ese pseudónimo, para atribuir á otro lo que no me importaría firmar.

CADÁVERES EN UNA IGLESIA

Gran escándalo se ha armado en Sevilla porque en una habitación contigua á la que ocupaba el sacristán de la iglesia de San Pedro con su familia, y que servía para almacenar esteras y otros efectos, se han encontrado 16 cajones con restos humanos, de niños los más, en esqueleto unos y otros en descomposición.

Puesto el hecho en conocimiento del Juzgado, éste se trasladó á la iglesia, comprobó el hecho y mandó prender al que ha sido sacristán hasta hace pocos días, José Orellana Ruiz, á su mujer, y á un hijo de 17 años.

Por todos los indicios, el sacristán depositaba fetos en el zaguizami, donde admitía á la vez cadáveres por su *tanti cuanti*. ¿De donde procedían los fetos? El lo sabrá.

Interrogado por un periodista después de levantada la incomunicación, el Orellana ha manifestado que no lo hacía por dinero sino por evitar la intervención del juzgado en una cosa tan insignificante.

Que varias veces, cuando, como es costumbre, se presentaba alguna persona en la sacristía con propósito de que se hiciera algún enterramiento clandestino, la mandaba á la iglesia de los Terceros, donde un su amigo llamado Corpas, hojalatero y sacristán, hacía el enterramiento.

Que él ha depositado en el desván uno ó dos restos de personas mayores, que le dieron hace más de catorce años para que los enterrara en la bóveda de la iglesia; pero que él, por no levantar la tapa de dicha bóveda, que es muy pesada, y también porque no sospecharan nada ni el cura ni su familia, los quitó de enmedio, depositándolos donde han sido encontrados, y por cuyo servicio le dieron dos duros.

Que extrañaba la cantidad de cajones encontrados, pues él no ha llevado á dicho sitio más que los restos de las personas mayores antes mencionadas y dos fetos que hace próximamente dos años halló en la iglesia.

Negó estar en combinación con una matrona ni con mujer alguna para hacer enterramientos secretos mediante la entrega de alguna suma; y dijo que á una mujer que con frecuencia iba á llevarle cajones, la mandó siempre á los Terceros, donde se entendería con Corpas.

Añadió que no recordaba quién fuera ni á qué sexo pertenecía la persona que le entregó los restos grandes y se explicó el descubrimiento de los cajones por la curiosidad de los monjes. — *Eso me han perdido* — dijo extrañándose que dos cadáveres estuvieran fuera de la caja, — porque él los había guardado á conciencia.

Habiendo circulado el rumor de que Orellana era el que hace muchos años arrancó de un mordisco un dedo de la mano al canónigo Sr. Calomarde, le preguntaron, y dijo que había sido un sobrino suyo llamado Tomás Orellana; que por una discusión entablada, aquél le agarró por el cuello, y en defensa propia le mordió quedándose con el dedo en la boca. Por consecuencia de este mordisco la gangrena impuso la amputación del brazo al canónigo, de cuyas resultas murió.

Un querido colega sevillano, *El Baluarte*, dice que nada de misterioso tiene el hallazgo, porque todo el mundo sabe, y para nadie es misterio, que los sacristanes de la mayoría de las iglesias cometen esta clase de abusos.

Será así, mas hay que convenir en que esos abusos se prestan á echar tierra á los mayores crímenes; ostando con un sacristán, cualquiera puede hacer noche á los fetos, asesinar niños, y suprimir personas mayores sin correr peligro alguno una vez verificado el traslado á las iglesias.

Y venimos siempre á parar en que, por unos caminos ó por otros, las iglesias sirven para dar patente de honra á los ladrones, para esconder armas con destino á los carlistas, para reclutarles adeptos, para que anden á mordiscos envenenados los monjes con los canónigos, para sacar alhajas y objetos del culto, y para ocultar cadáveres que tal vez sean producto de un crimen.

Probablemente se le echará tierra á esos cadáveres como á tantos otros; (y á propósito: ¿cómo anda lo de aquel jesuita culinario que mechó en el Colegio de Chamarín á un cofrade? porque nadie ha vuelto á hablar de ello); se le echará tierra, digo, y menos mal si no se averigua que los cadáveres se fueron al desván por su propio pie, echándose al colete unas cañitas en todos los colmados del camino; que cosas más estupidas ha conseguido probar la gente de Iglesia. En fin, allá veremos.

Hasta tanto, conste que yo sigo con la higiénica y decente costumbre de no entrar en ningún templo, y que me va tan ricamente.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

Folleto 6.º

El conde de España.—4.000 liberales asesinados y 1.700 condenados á muerte.—Junta de asesinos.—Primera insurrección carlista.—Represiones sangrientas.—Martirios horribles.—Ahorcados y fusilados.—La entrada del tigre.—Saqueo é incendio de Viella; asesinatos.—A robar tocan.—Incendio y saqueo de Manlleu; asesinatos.—Incendio de Camprodon; asesinatos.—Saqueo é incendio de Pons.—Destrucción de Ripoll.—Incendio de Moyá; horrorosa matanza.—Incendios de Gironella, Oñán, caseríos, molinos, iglesias y otros edificios.—Incendio de Copons.—A caza de curas.—Lobos entre lobos.—La exclusiva en el robo.—Más crueldades del Conde.—La hiena y los chacales.—Muerte del Conde.

Folleto 7.º

¿Quién es D. Carlos?—La educación de D. Carlos.—D. Carlos y Cabrera.—Las primeras intenciones.—La fuga de Oroquieta.—Nueva entrada.—Libertinaje.—Una monja.—Protección á Rosa Samaniego.—Las bromitas del rey.—Las velas de sebo.—El lobo de S. M.—Cobarde ante Bilbao.—La retirada.—Cuadros horribles.—Despedida cobarde y grotesca.—Huida á Francia.

Folleto 8.º

Maquiavelismo torpe.—Desprecio de D. Carlos á sus partidarios.—Proceder de carretero.—Baladronadas en Londres.—Crápula en América.—Jugador y borracho en Méjico.—Orgías en París.—Las mentiras de D. Carlos.—Su viaje á Oriente.—Libertinaje en Rumania.—Desafío del coronel Petroviano.—D. Carlos huye.—Sus ridiculeces en Italia.—Se cree envenenado por los jesuitas en Rusia.—Regreso á París.—El Día de carlistas.—La muerte de Aparisi Guizarro.—Dos canalladas.

EN PRENSA

Folleto 9.º

EL CARLISMO POR DENTRO.—HORRORES QUE DECÍA DON CARLOS DE LOS SUYOS.—HORRORES QUE LOS SUYOS DECÍAN DE ÉL.—D. CARLOS MALDICIENTE, CHISMOSO É INTRIGANTE.—LOS JEFES UNOS CONTRA OTROS.—DESCOMPOSICIÓN Y PODREDUMBRE.

Folleto 10.

EL CARLISMO CONTRA EL CLERO.—QUEJAS DE ÉSTE.—D. CARLOS CONTRA LOS FUEROS.—PINTURA DEL PRETENDIENTE POR VARIOS JEFES.—ODIO Á CABRERA Y PROPÓSITO DE CORTARLE LA CABEZA.—INFAME CONDUCTA DE D. CARLOS CON SU HIA DOÑA ELVIRA.—LO QUE HACE HOY EN VENECIA.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

LA RELIGION

AL

ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. DE IBARRETA

Hemos puesto á la venta la 24ª edición de esta obra incomparable.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.